

El obispo Rodríguez de Fonseca y la «empresa» de América

Jack E. PATTERSON

El año 1451 fue testigo de los nacimientos de Isabel la Católica, Cristóbal Colón y Juan Rodríguez de Fonseca. Los dos primeros nombres se reconocen inmediatamente; el tercero apenas es conocido, excepto por un puñado de historiadores. Junto con Isabel la Católica y Cristóbal Colón, Rodríguez de Fonseca jugó un papel decisivo en los trascendentales acontecimientos de principios de la Era del Descubrimiento que ampliaron los horizontes del mundo conocido.

La memoria del obispo Fonseca ha sufrido un destino aún más cruel que el simple olvido. Tras su muerte, acaecida en 1524, su nombre fue calumniado por sus enemigos políticos, cuyos duros juicios sobre él distorsionaron la escasa atención que recibió de los escritores posteriores. En 1828, por ejemplo, Washington Irving, que fue diplomático americano en España y escribió, entre otros títulos, *Cuentos de la Alhambra*, publicó la primera biografía americana de Cristóbal Colón. En ella retrata a Fonseca como un prelado pérfido y vengativo que conspiró para menoscabar la autoridad de un idealizado y noble Cristóbal Colón.

Esta visión de Fonseca se debe en gran parte a los escritos de Fray Bartolomé de las Casas, conocido como el protector de los indios. En su *Historia de las Indias*, Las Casas ridiculiza a Fonseca por ser más burócrata que obispo, y retrata su indiferencia ante los sufrimientos infligidos a los indígenas de las nuevas posesiones de Castilla al otro lado del Atlántico.

Si se analizan de forma más desapasionada los impresionantes logros de Fonseca, es inevitable dudar de la exactitud e imparcialidad de tales juicios. Aunque su trabajo a lo largo de treinta años, llenos de acontecimientos dramáticos, no puede detallarse en estas páginas, algunos aspectos reveladores servirán para iluminar el alcance de sus logros.

EL SEGUNDO VIAJE DE COLÓN

A principios de 1493 en la vida de Fonseca tuvieron lugar dos acontecimientos que determinaron su futuro: fue ordenado sacerdote y empezó su fatídica colaboración con Cristóbal Colón.

Colón, recién vuelto de su primer viaje, informó al rey Fernando y a la reina Isabel de que había descubierto seis islas, entre ellas dos muy grandes, muy próximas al continente asiático. Les informó además de que había entablado muchos contactos con los nativos de estas islas y había dejado un pequeño enclave en una de las grandes, que llamó La Española, la isla que ahora ocupan Haití y la República Dominicana.

Entusiasmados con estas noticias Fernando e Isabel se dispusieron a explotar cuanto antes estos nuevos territorios así como otros que se descubrieran. Antes incluso de que Colón llegase a su corte en Barcelona, le escribieron para que empezase a preparar un segundo viaje, mucho más largo, dirigido a la colonización y posteriores exploraciones.

Los soberanos no tenían ninguna intención de confiar únicamente a Colón una empresa de tanta trascendencia. Buscaron una persona de confianza y con experiencia que pudiera por una parte representar a la Corona de Castilla en la planificación y organización de este ambicioso proyecto, y por otra sentar las bases de futuros viajes. Eligieron a un hombre de probado talento diplomático y administrativo, así como de una inquebrantable lealtad a la Corona: el recién ordenado Juan de Fonseca.

Fonseca se puso a trabajar y en sólo cinco meses reunió una impresionante flota de 17 barcos y 1.200 hombres. El almirante S. E. Morison, uno de los biógrafos americanos de Colón, escribe que «ninguna nación europea había organizado una expedición colonizadora de tales dimensiones, ni nada que pudiera parecersele». En resumen, Fonseca se perfiló como la figura política clave en los siguientes viajes de exploración, descubrimiento y colonización de los nuevos territorios del otro lado del Atlántico.

EL PULSO CON COLÓN

Colón se convirtió pronto en el problema más enojoso de Fonseca. Este enigmático marino genovés no era precisamente una persona que atrajese a Fonseca,

hombre realista y práctico, y los dos chocaron en varias ocasiones durante la organización del segundo viaje. Muchas veces se trataba de trivialidades, pero otras de sus disputas reflejaban profundas diferencias de puntos de vista y de intereses.

A principios de 1492, cuando Fernando e Isabel decidieron financiar el primer viaje de Colón, firmaron un acuerdo —las capitulaciones de Santa Fe— que le garantizaba el monopolio de la exploración del otro lado del Atlántico. Además, se le concedió un sonoro título, el de almirante del Mar Océano, y se le nombró Virrey y Gobernador de todas las tierras que descubriera. Los propios soberanos pronto se arrepintieron de haber dado tanto poder a este desconocido marino.

Colón, como pronto comprendió Fonseca, estaba menos interesado en añadir posesiones a la Corona de Castilla que en encontrar oro y otros tesoros en las Indias para enriquecerse él mismo y su familia. Le irritaban las trabas reales, que le impedían constituirse como un poder independiente en los nuevos territorios que había descubierto.

Fonseca, por el contrario, representaba indefectiblemente los intereses de la Corona de Castilla. Sus reales señores ambicionaban, por supuesto, tesoros, pero su principal objetivo —quizás más el de la Reina Isabel que el del Rey Fernando— era colonizar y desarrollar sus nuevas posesiones. Fonseca estaba decidido a que cualquier plan de explotación, descubrimiento y colonización se hiciera bajo el firme control real.

Resulta mucho más efectista, como demostró Washington Irving, presentar a un Fonseca infame conspirando para desbancar a un heroico Colón. Fonseca desde luego trabajó para recortarle las velas al propio Colón, hasta el punto de intentar sustituirle por otro capitán. Pero Colón perjudicó sus propios intereses de forma mucho más eficaz que el propio Fonseca hubiera podido hacerlo.

COLÓN SE DOBLEGA

Fernando e Isabel compartían el punto de vista de Fonseca de que debía romperse el monopolio de Colón sobre la exploración, aunque seguían siendo remisos a actuar, dejando a un frustrado Fonseca la tarea de frenar al almirante como mejor pudiera. De cuando en cuando el obispo encontraba pruebas que obligaban a los soberanos a meter en cintura a su Almirante del Mar Océano.

Fonseca comprendió que Colón le había mentado a él y a los soberanos sobre varios detalles clave de su segundo viaje. El almirante había informado de que la amplia región de Paria, al norte de Sudamérica, era una isla, aunque él sabía que formaba parte de un continente hasta entonces desconocido. Y lo que es más importante, también les había ocultado su descubrimiento de un rico yacimiento de ostras perlíferas a escasa distancia de la costa del nuevo continente.

Cuando esta prueba de la mala fe de Colón se añadió a su flagrante incompetencia como gobernador de la nueva colonia, los soberanos se decidieron a tomar cartas en el asunto. En mayo de 1499 le destituyeron de sus cargos de virrey y gobernador. Siguió siendo almirante, y los soberanos siguieron tratándolo con gran respeto y consideración, pero se acabaron sus prerrogativas sobre las futuras exploraciones. Entonces Fonseca se vio libre para llevar a cabo sus viejos planes de expandir las exploraciones y descubrimientos por todo el océano.

El obispo no perdió el tiempo. Firmó acuerdos para emprender cuatro nuevas expediciones a partir de mediados de 1499 —los llamados «viajes andaluces» o «menores»— dirigidas a la región de Paria y para ampliar las exploraciones hechas por Colón. Fonseca organizó muchos otros viajes después de éstos, que ampliaron el conocimiento geográfico de las nuevas tierras a lo largo del océano, así como el imperio transoceánico de Castilla.

FONSECA ASUME EL MANDO

Con el comienzo del nuevo siglo llegó el período de máxima influencia de Fonseca. Isabel la Católica murió en 1504, y Fonseca se vio obligado a abandonar la vida política. Tras una larga y compleja serie de acontecimientos, en agosto de 1507 el rey Fernando fue nombrado regente de Castilla. El rey, cansado y avejentado, le restituyó a Fonseca con una orden firmada en Burgos el 24 de diciembre de 1507: «Todo lo concerniente a las Indias será responsabilidad de Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Palencia, nuestro gran capellán, y de Lope de Conchillos, nuestro secretario». Fonseca ejerció una enorme influencia hasta la muerte de Fernando, en 1516.

Una de las primeras iniciativas de Fonseca fue convocar una reunión con los navegantes más experimentados de Castilla —entre otros, Américo Vespucio, Juan de la Cosa, Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís, un experto navegante portugués que estaba entonces al servicio de Castilla— que acudieron a

Burgos para discutir los planes futuros de descubrimientos y conquistas al otro lado del Atlántico. Bajo el liderazgo de Fonseca, este llamado Consejo de Navegantes tomó una serie de decisiones importantes relativas a las actividades transoceánicas, que supusieron la maduración de la política colonial de Castilla.

Fonseca decidió hacer hincapié en constituir asentamientos permanentes, en lugar de enviar expediciones indiscriminadas para explorar y traficar con los nativos. Santo Domingo, en la isla de La Española, representaba el asentamiento más firme de Castilla en el Nuevo Mundo. Fonseca intentó que hubiera muchos otros como éste.

Como parte de este esfuerzo, también decidió establecer fundaciones en el continente, donde las posibilidades de una expansión fructífera parecían más prometedoras. Esta nueva iniciativa no consistía simplemente en levantar unos cuantos villorios a lo largo de la costa. En la cabeza de Fonseca tomaba cuerpo la idea de arraigar en el Nuevo Mundo, al otro lado del Océano Atlántico, la sociedad castellana del Viejo Mundo, con sus costumbres, valores, pautas de conducta e instituciones sociales, económicas y religiosas.

Fonseca era consciente, por supuesto, de que una empresa de semejante magnitud exigiría enormes gastos. El rey Fernando se quejaba constantemente del coste de las expediciones, especialmente de las que no conseguían encontrar nada que engrosara las arcas reales. Para responder a las quejas del rey, Fonseca puso en marcha una tercera iniciativa.

La jurisdicción del gobierno de Santo Domingo incluía las tres grandes islas vecinas de La Española: San Juan (hoy Puerto Rico), Jamaica y Fernandina (hoy Cuba). Fonseca decidió que con el tiempo estas islas reemplazarían a Castilla como base de operaciones desde la que organizar ulteriores exploraciones y conquistas. Cuando esto se consiguiera, el coste de las expediciones se reduciría drásticamente, y podrían organizarse con mayor eficacia. Pero para lograr este objetivo, lógicamente, habría que someter y colonizar las tres islas. Esto se consiguió en gran medida en 1513.

EN BUSCA DEL ESTRECHO

Ese mismo año llegó una extraordinaria noticia a la corte. Vasco Núñez de Balboa, un soldado renegado que gobernaba extraoficialmente la colonia de Cas-

tilla de Oro, en el actual Panamá, cruzo el istmo y llegó a las costas de un nuevo océano, que él llamó el Mar del Sur (hoy Océano Pacífico).

El descubrimiento de Balboa de un segundo mar, separado del primero por una estrecha franja de tierra, renovó las esperanzas de la corte de Castilla de que podría encontrarse un paso a través del nuevo continente, haciendo posible una ruta occidental hacia las Islas de las Especies. Antes de que Fonseca lograra este objetivo, se vio obligado a resolver una nueva crisis política.

En enero de 1516 murió el rey Fernando y fue proclamado rey su nieto, de 17 años, Carlos de Gante, que se había criado en Flandes y nunca había puesto el pie en Castilla, con el nombre de Carlos I de Castilla y Aragón. Una vez más Fonseca tuvo que retirarse forzosamente. Cuando Carlos desembarcó en Castilla, sus ministros flamencos, que se habían hecho con las riendas del poder, estaban impacientes de empezar la explotación de los nuevos territorios de ultramar. Pronto comprendieron que necesitaban los conocimientos y la experiencia de Fonseca.

MAGALLANES CIRCUNVALA SUDAMÉRICA

Encontrar una ruta hacia las Islas de las Especies seguía siendo prioritario. Fonseca sabía por viajes anteriores, que o bien encontrarían un paso a través del continente al sur del Río de la Plata, o bien —como el obispo veía más probable— circunvalarían el extremo sur del nuevo continente, como habían hecho los portugueses en el Cabo de Buena Esperanza en África, y llegarían al Mar del Sur. A mediados de febrero de 1518, Fonseca se entrevistó con Fernando Magallanes, un capitán portugués que se había trasladado de Lisboa a Sevilla el año anterior, con un plan para poner en práctica las ideas de Fonseca.

Fonseca se convirtió en el abogado más influyente de Magallanes, y su apoyo fue decisivo para que el joven rey Carlos refrendase la expedición. Carlos encomendó todos los preparativos a Fonseca y, a pesar de las formidables dificultades y de todos los retrasos, el obispo aparejó cinco navíos para un viaje de dos años de duración.

El 20 de septiembre de 1519 la expedición salió de Sanlúcar de Barrameda, con 237 hombres a bordo. El 6 de septiembre de 1522, casi exactamente tres años después, uno de los barcos —la nao Victoria— regresó a Sanlúcar con 18 hombres a bordo. El propio Magallanes no estaba entre ellos: lo habían matado

los indios en las Islas Filipinas. Después de su muerte, tres barcos consiguieron llegar a las Islas de las Especias. La Victoria cargó una valiosa mercancía de especias y, tras un penoso viaje bajo las órdenes del vasco Juan Sebastián Elcano, consiguió doblar el cabo de Buena Esperanza y retornar a Castilla.

A pesar de las enormes pérdidas de hombres y barcos, el viaje de Magallanes fue considerado un rotundo éxito. Había encontrado una ruta occidental hacia las Islas de las Especias, aunque no fuera práctica, y aquel puñado de supervivientes se habían convertido en los primeros hombres que daban la vuelta al mundo. Además, la venta de las especias que trajo la nao Victoria produjo unos sustanciosos beneficios, y la Corona comenzó inmediatamente los preparativos de nuevas expediciones para establecer un comercio permanente de especias. Pero Fonseca no tuvo tiempo para disfrutar de su último éxito. Dos enemigos trabajaban para hacerle caer.

FONSECA Y LAS CASAS

Desde una perspectiva contemporánea, lo que más oscurece la reputación de Fonseca es que no tomara medidas más duras para contener los abusos que cometieron los conquistadores y colonizadores castellanos con los nativos de las Indias Occidentales. Es más, parece que incluso él mismo se aprovechó de esta circunstancia.

Las acusaciones más duras contra Fonseca proceden de la pluma de Las Casas, que llegó a La Española en 1502 como colonizador y al principio explotó la mano de obra nativa en su propia granja. Tras una conversión religiosa, abandonó su vida anterior, tomó las órdenes sagradas en 1506 y hacia 1514 se unió a los misioneros dominicos en su lucha por un trato más humano hacia los nativos.

En diciembre de 1515, Las Casas tuvo una audiencia con el rey Fernando, moribundo, que le envió a reunirse con Fonseca. Las Casas relata que, cuando le describió las crueldades infligidas a los nativos de las islas, le aseguró que en sólo tres meses habían muerto en Cuba cerca de 7.000 niños. Según el clérigo, Fonseca se volvió a los presentes y respondió «Mirad qué donoso necio. ¿Qué se me da a mí y qué se le da al rey?».

Las Casas relata que él gritó: «¿Que ni a vuestra señoría ni al Rey que mueran aquellas ánimas no se da nada? ¡Oh, gran Dios eterno! ¿Y a quién se le ha de dar algo?».

En esta historia, tal y como aparece relatada, Fonseca se condena por su propia boca. Su única defensa es que no dijera realmente lo que Las Casas escribe, o que lo dijera en un contexto diferente. El historiador Ramón Menéndez Pidal cree que Fonseca era demasiado inteligente para hacer una observación tan vergonzosa, especialmente en presencia de otras personas, dando así un arma poderosa a un enemigo declarado. Cree que Fonseca pudo reaccionar así ante lo manifiestamente exagerado de la cifra de 7.000 niños. Las Casas se permitió esta exageración en pro de una buena causa. Puesto que la única prueba proviene de Las Casas, no se puede asegurar nada.

¿Cuál era la actitud de Fonseca hacia los nativos de las Indias occidentales? Hay pocas evidencias. En 1518 escribió un largo memorial, dirigido a Carlos I en el que se ocupa de quejas acerca de que las reformas de las Leyes de Burgos no eran correctamente aplicadas por los oficiales de las islas. Recomendaba al rey que mandase una persona de confianza a La Española para que controlase el trato a los nativos y tomara las medidas necesarias para remediar los abusos que encontrase. También propuso que los gobernadores de la isla fueran retirados y que nadie en Castilla, incluyéndole a él, pudiera aprovecharse del trabajo de los indios. Adelaida Sagarra, profesora de la Universidad de Burgos, que ha estudiado la trayectoria de Fonseca en profundidad, ve en estas indicaciones que Fonseca se arrepentía de su pasada indiferencia hacia los derechos de los indios y quería reparar su falta.

Mientras se enfrentaba a la enemistad de Las Casas y a la expedición de Magallanes, Fonseca tuvo que luchar contra su más formidable adversario. Su lucha con Hernán Cortés ilustra mejor que ningún otro episodio su lealtad a la Corona de Castilla, que mantuvo hasta la muerte.

CORTÉS DERROTA A FONSECA

Cuando Cortés llevó a cabo su rápida conquista de lo que se conoció como Nueva España, ahora Méjico, se enfrentó con la oposición cerrada de Fonseca y la corte de Castilla. En gran parte Fonseca estaba en lo cierto y Cortés equivocado. Pero Cortés, valiente y sagaz, tenía la habilidad de conseguir que los acontecimientos le favorecieran. La adhesión de Fonseca a los principios que siempre habían guiado su conducta hacia los exploradores le costó su carrera.

Cortés había ido a Méjico a las órdenes de Diego Velázquez, gobernador de Cuba. Su propósito original era reconocer el terreno, quizás establecer un asen-

tamiento. Pero una vez en Méjico, se dio cuenta de que había encontrado una civilización rica y muy desarrollada y en seguida concibió un proyecto más ambicioso: nada menos que conquistar un nuevo imperio para Castilla encabezado por él. Esto implicaba romper con la autoridad de Velázquez, e inevitablemente, la oposición de Fonseca, que apoyaba al gobernador y siempre reaccionaba en contra de cualquier iniciativa de establecer colonias semiindependientes. A los ojos del obispo, estaba librando la misma lucha que en su día tuvo con Colón.

En Méjico, hacia abril de 1519, Cortés fundó la ciudad de Villa Rica de la Vera Cruz, un importante paso en sus planes puesto que como ciudad castellana, se convertía en una entidad legal con poder para nombrar un canciller. Cortés persuadió a la mayoría de sus hombres de que le eligieran Capitán General y Justicia Mayor. Esto supuso la ruptura definitiva con Diego Velázquez. Pero sus decisiones tenían que ser ratificadas por el Rey Carlos.

La comunidad nombró dos representantes para viajar a Castilla. Se redactó un documento, firmado por todos los miembros, atestiguando que apoyaban a Cortés. Él mismo escribió una carta al rey narrando lo que había hecho hasta la fecha y sus planes para el futuro. Había decidido que lo mejor que podía hacer para ganarse la aprobación real era conquistar la mayor cantidad de territorio y tesoros posibles. Reunió todo el botín y oro que la expedición había conseguido hasta ese momento y lo envió como un presente para Carlos. La estrategia fue acertada.

En Castilla, Fonseca estaba muy presionado con otros asuntos. En junio de 1519, Carlos I de Castilla había sido elegido emperador de Alemania y el obispo estaba muy ocupado organizando un largo viaje para que el nuevo emperador acudiese a su coronación. Pero Fonseca tomó muy en serio las acusaciones contra Cortés. Decidió rápidamente que Cortés estaba actuando ilegalmente al rebelarse contra Velázquez. Denominó a la nueva ciudad de la Vera Cruz «asentamiento rebelde».

Pero el obispo se topó con la oposición de parte de los miembros del Consejo Real. Sus principales argumentos contra Cortés palidecían al lado del oro y los tesoros que el conquistador envió a la corte, junto con promesas de futuras riquezas por venir.

El nuevo emperador, concentrado como estaba en su próxima coronación, prefirió dejar las decisiones para más tarde. El 16 de mayo, tras nombrar al car-

denal Adrián de Utrecht como regente de Castilla, Carlos se embarcó hacia los Países Bajos, dejando sin resolver la cuestión de si el legítimo gobernador de Nueva España era Diego Velázquez o Hernán Cortés.

Cortés entonces lanzó su histórica conquista del imperio azteca que completó a mediados de agosto de 1521. Desde su cuartel general en Cuyoacan, escribió cartas al emperador haciendo profesión de lealtad. Fonseca perdió terreno. A principios de 1522 los representantes de Cortés acusaron al obispo ante el cardenal Adrián, recién elegido papa pero que aún no había partido para Roma. Adrián ordenó a Fonseca que se abstuviera de tomar cualquier decisión relacionada con Hernán Cortés. Fonseca aprendió entonces la amarga lección que los monarcas reservan a veces a sus más fieles servidores. Carlos volvió a Castilla en julio de 1522 y se puso de parte de Adrián y de Cortés. La carrera de Fonseca había llegado a su fin. A lo largo de los dos años siguientes, se ocupó de algunos asuntos rutinarios, pero ya gravemente enfermo, murió en noviembre de 1524.

JUICIO SOBRE FONSECA

¿Qué clase de hombre se vislumbra a través de este breve resumen de su carrera? Las Casas no sólo le condena por su insensibilidad hacia el sufrimiento de los indios, sino que muestra su desprecio hacia él como obispo: «era muy capaz para mundanos negocios, señaladamente para congregar gente de guerra para armadas por la mar, que era más oficio de vizcaínos que de obispos...».

No obstante la opinión de algunos de sus contemporáneos era favorable. Pietro Martir d'Anghiera, que era amigo de Colón, también se refiere en términos elogiosos a Fonseca, al que define como «un varón de noble alcurnia, de gran ingenio y corazón».

Al juzgar a Fonseca, el historiador moderno J. H. Parry señala que la mayor parte de su carrera la pasó el obispo al servicio de Fernando el Católico, quien veía en las Indias sobre todo una fuente de riquezas para financiar sus campañas bélicas en Italia. Como dice Parry, desde el punto de vista de Fernando, la política de Fonseca era exactamente lo que se necesitaba.

La evaluación más detallada y precisa de que disponemos sobre Fonseca se encuentra en una carta escrita al obispo por el humanista Antonio de Guevara

en mayo de 1523, evidentemente a petición del propio Fonseca. Merece ser transcrita por extenso:

«Dicen en esta Corte que sois un macizo cristiano y un muy desabrido obispo... También dicen que sois largo, pródigo, descuidado e indeterminado en los negocios que tenéis entre manos, y con los pleiteantes que andan tras vos; y lo que es peor de todo que muchos dellos se vuelven a sus casas gastados y no despachados. También dicen que vuestra señoría es bravo, orgulloso, impaciente y brioso y que muchos dejan indeterminados sus negocios por verse de vuestra señoría asombrados.»

«Otros dicen que sois hombre que tratáis verdad, decís verdad y sois amigo de verdad y que a hombre mentiroso nunca le vieron ser vuestro amigo. También dicen que sois recto en lo que mandáis, justo en lo que sentenciáis y moderado en lo que ejecutáis; y lo que más es de todo que en cosa de justicia no tenéis pasión ni afeción en determinarla. También dicen que sois compasivo, piadoso y limosnero; y lo que sin gran alabanza se puede decir, que a muchos pobres y necesitados que quitáis la hacienda por justicia se la dais por otra parte de vuestra cámara.»

Nos quedamos, pues, con el retrato de alguien que si no fue un santo tampoco fue un malvado. Fonseca era autoritario, orgulloso, impaciente y colérico. Era también justo y generoso. Un hombre de su tiempo al que se debería juzgar según el código moral de la época.

Durante treinta años dirigió acontecimientos trascendentales al servicio de la Corona de Castilla con gran habilidad, enorme energía y lealtad inquebrantable. Desgraciadamente, aprendió al final de su carrera que la lealtad hacia el rey muchas veces no es correspondida. Pero aquellos que estudien sus logros con objetividad encontrarán seguramente que la figura de Juan de Fonseca merece mayor atención y respeto del que ha recibido.